



Imagen 1.- Vista parcial del Barrio extramuros a comienzos del siglo XX (Foto postal edición M. Ruffo)

Mi infancia son recuerdos...

Manuel Liaño Rivera

Sí, mi infancia son recuerdos de una Tarifa desconocida para muchos de los que me leen. Una Tarifa ahíta de cal, de casitas bajas, de patios populosos y solidarios, de calles terrizas, con sus puertas siempre abiertas al visitante tras pasar la tupida red que colgaba de su dintel para impedir el paso a las legiones de moscas, pequeñas y gordas, negras y verdes que invadían el pueblo. Sobre todo por su barriofuera (Barrio de Extramuros).

El barrio tenía un eje central que era la carretera general, Batalla del Salado, y el nomenclátor de sus calles era y es un batiburrillo de santos y batallas, Bailén, Arapiles, Covadonga, Callao, Numancia que, con San José, san Isidro y San Sebastián, lo completaban en su parte de poniente; la de levante, menos populosa, la iban rotulando con nombres de políticos, escritores y pontífices.

Mi infancia como digo, transcurrió siempre en él, primero en la calle Arapiles y luego en la de Bailén, rodeado siempre de fábricas de conservas que entonces eran nada menos que diez y todas trabajando a plena producción. La Tarifeña, Piñero, Industrias del Mar, Carranza, Peralta, Feria, Aranda o Vázquez (con las dos firma trabajó la fábrica), Utrera (Ntra. Sra de la Esperanza), y Martínez y Ródenas.

La mayoría de la población vivía de la pesca y de su transformación en conservas de pescados. No había teléfonos; bueno, sí, pero éstos los tenían

solamente las industrias y algunos privilegiados. Una centralita de teléfono sita en la calle de la Luz, dirigida por Doña Josefa Grosso, daba paso a los escasos doscientos números que había en el pueblo.

Cuando el pescado llegaba a la lonja, existía la figura del “llamaó”, que era el que iba llamando, puerta a puerta o número de teléfono a número de teléfono a los distintos compradores de las conserveras. La tripulación de los barcos de pesca que había en Tarifa, también tenían a su “llamaó”, y éstos sí que habían de recorrerse toda Tarifa a pié y avisar uno por uno a los marineros. No había hora ni festivos. Lo mismo podía ser las tres de la mañana de un martes, que las doce de un domingo. No había frigoríficos, ni congeladores, solo nieve y sal. El pescado era transportado en bateas, tiradas por mulos (el Sordo de las moscas y el Lápiz eran dos de sus conductores).

¿Y cómo se enteraban las mujeres que trabajaban en las conserveras de la llegada del pescado?: por el humo que las chimeneas de las fábricas empezaban a echar una vez puestas en servicio las grandes calderas para cocerlos. Cuando el pescado llegaba a la fábrica lo primero que se hacía era cocerlos para que no se estropearan, una vez descabezado y eviscerado. Si eran atunes, intervenía el ronqueador, que provisto de una gran faca y unos ganchos los despedazaba en grandes trozos para cocerlos en las calderas o bien para preparar las huevas y mojamamas para su secado. Una vez hecho esto, el pescado se dejaba



Imagen 2.- José Cortés, en el centro, fue uno de los últimos “llamaores” en Tarifa. Foto cedida por la familia.

a la intemperie para que cuajara y al otro día se pelaba y se estibaba, (siempre esto era labor de mujeres) para más tarde aceitarlo cubriendo la lata de aceite y dejándolo reposar para que embebiese todo el aceite necesario. A la mañana siguiente se completaba la lata que le faltase algo de aceite. Era labor de los cerradores, sellar la lata herméticamente para más tarde, una vez encendida la caldera de vapor, pasar a los autoclaves, donde se cocía a determinada temperatura, siempre bajo la supervisión de un experto en ello .

En aquellos tiempos, en las conserveras trabajaban todos, es decir, abuelas, madres, padres e hijos. Éstos, de corta edad (entre ocho y diez años), eran los encargados- por unos pocos céntimos- de, una vez pasadas las latas por el autoclave, y previo enfriamiento de las mismas, limpiarlas con un trapo y aserrín hasta dejarlas relucientes. No se desperdiciaba nada, los detritus iban a unas parcelas cerradas, donde se convertían en guano. Este olor a guano también entraba en “el lote”, de moscas y carbonillas que expulsaban las chimeneas de las fábricas cuando estaban a plena producción, no dejando una colada indemne. Pero vivíamos felices, muy felices, con nuestras pequeñas miserias y grandes solidaridades.

Nos conocíamos todos y no necesitábamos muchas cosas para entretenernos. Una caña entre las piernas era un magnífico alazán y los juegos eran de lo más sencillo: las cuatro esquinas, el pingo mango,

melajastro (una deformación de me la salto), carabi, el aro (nunca conseguí dominarlo) y los bombos, aquellos bombos o canicas de barro que vendían en la tienda de Paca, justo frente a la calle Almedina, donde está el bar Los Melli y esa Alameda terriza, esos bancos dobles con su respaldo de hierro y el crivi, y las palmichas y las majoletas, y los palmitos con sus huevas, las onzas de chocolate con pan que parecían de arena y el “matinée”, los domingos a las tres de la tarde, con los montones de tebeos debajo del brazo para alquilarlos a perra gorda, vigilando a todos mis “clientes” para que no se me escapara ninguno...y al final, mis una con cincuenta, ya tenía para la entrada y a veces para comprarme un bazoka, aquellos trozos de chicles que no te cabían en la boca. Y los partidos de fútbol en el llano (que de llano no tenía nada, era una hondonada que había entre la calle Bailén y la Barriada de Pescadores) o en el callejón de Feria, en la actual calle Covadonga, emparedado entre dos muros, pendientes del Churri o del Espiciaga, los dos municipales que siempre nos fastidiaban, y las guerrillas, entre todos, por nada, porque éramos así, porque vivíamos y hacíamos vida en la calle. No teníamos ni play, ni chándal, ni playeras, ni camisetas del Madrid, ni bicicletas, ni polideportivos, ni campos de fútbol, pero como decía mi amigo Jesús Terán, estas cosas yo las cuento, con un poco de emoción, no eran mejor ni peor, simplemente...otros tiempos. ■